

T E O R I A S

LA CRITICA MARXISTA DE LA MODERNIDAD¹

Michael Löwy

EL ROMANTICISMO CONTRA LA MODERNIDAD CAPITALISTA

Los primeros críticos de la sociedad burguesa moderna de la civilización capitalista creada por la Revolución Industrial fueron —más de medio siglo antes de Marx— los poetas y escritores románticos. El Romanticismo nació en la segunda mitad del siglo XVIII, pero nunca dejó de ser un componente esencial de la cultura moderna hasta nuestros días. Lo que habitualmente se llama Movimiento Romántico en las artes y letras, sobre todo a comienzos del siglo XIX, es sólo una de sus múltiples y diversas manifestaciones. En cuanto *Weltanschauung*, es decir, visión global del mundo, estilo de pensamiento, estructura de sensibilidad fundamental, puede encontrarse no solamente en obras de poetas y escritores creadores de un universo fantástico e imaginario como Novalis, E.T. Hoffmann y los surrealistas, sino también en las novelas de auténticos realistas como Balzac, Dickens y Thomas Mann, no solamente entre artistas como Delacroix o pintores Pre-Rafaelitas, sino también entre economistas como Sismoni o sociólogos como Tönnies.

Se puede definir la visión romántica del mundo como una crítica generalizada de la civilización industrial (burguesa) moderna en nombre de ciertos valores sociales y culturales precapitalistas. La referencia a

un pasado (real o imaginario) no significa necesariamente que ella tenga una orientación regresiva o reaccionaria. Puede ser también muy revolucionaria como puede ser reaccionaria. Las dos tendencias se hicieron presentes en el Romanticismo desde sus orígenes hasta nuestros días: basta ver los contemporáneos Burke y Rousseau, Coleridge y Blake, Balzac y Fourier, Carlyle y William Morris, Heidegger y Marcuse. A veces el conservador y el revolucionario coinciden en el mismo pensador como en el caso de Georges Sorel.

La primera ola anticapitalista romántica era la respuesta a la Revolución Industrial y a sus consecuencias económicas, sociales y culturales durante el siglo XIX. Pero el interés y la pertinencia de su crítica de la sociedad industrial y del trabajo industrial están lejos de ser sólo históricos. Esta crítica no se relaciona solamente con los aspectos específicos, abusos e injusticias específicos de este primer periodo —como por ejemplo la pauperización absoluta de los obreros, el trabajo infantil, el *laissez faire* salvaje, las jornadas de catorce horas— sino con las características más generales, esenciales y permanentes de la civilización (industrial/capitalista) moderna, desde el fin del siglo XVIII hasta nuestros días.

La crítica romántica muy pocas veces fue sistemática o explícita y tampoco se refiere directamente al capitalismo como tal.

¹ Marx, Engels, *Über Kunst und Literatur*, Ber-

lin, Verlag Bruno Henschel, 1948, p. 231.

En la sociología y filosofía social alemanas del fin del siglo XIX existen ciertas tentativas de sistematización: en ellas existen la oposición entre *Kultur*, un conjunto de valores sociales, morales y culturales tradicionales, y *Zivilisation*, desarrollo económico, material y técnico moderno —frio y “sin alma”; o la oposición entre *Gemeinschaft* (la comunidad orgánica) y la *Gesellschaft*, agregado mecánico y artificial de individuos alrededor de fines utilitarios.

El rasgo central de la civilización industrial (burguesa) que el Romanticismo anticapitalista critica no es la explotación de los obreros o la desigualdad social —aunque estos aspectos sean a veces denunciados, especialmente por la izquierda romántica— sino la cuantificación de la vida, es decir la dominación total del valor (cuantitativo) de intercambio, los cálculos fríos del precio y utilidades, las leyes del mercado, sobre el conjunto del tejido social. Todas las otras características negativas de la sociedad moderna son percibidas intuitivamente por los románticos como productos de esa fuente crucial y decisiva de corrupción: por ejemplo, la religión del dios Dinero (lo que Carlyle llama “el Mamonismo”), la decadencia de todos los valores cualitativos —sociales, religiosos, éticos, culturales o estéticos—, la disolución de todos los lazos humanos cualitativos, la muerte de la imaginación, la uniformización tediosa de la vida, la relación puramente “utilitaria” —cuantitativamente calculable— de los seres humanos entre sí, y con la naturaleza. El envenenamiento de la vida social por el dinero, y del medio ambiente por el *smog* industrial, son percibidos por muchos románticos como fenómenos paralelos, consecuencia de la misma raíz perversa.

MARX: LA CRITICA DIALECTICA DE LA MODERNIDAD

Aparentemente, Marx nada tenía que ver con el Romanticismo. Rechazó como “reaccionario” cualquier sueño de volver

al artesanado o a otros modos precapitalistas de producción. Celebró el papel históricamente progresista del capitalismo industrial, no solamente al desarrollar las fuerzas productivas a una escala gigantesca y sin precedentes, sino también al crear la universalidad, la unidad de la economía mundial —una precondition esencial para la futura humanidad socialista. Alabó también la modernidad capitalista por haber puesto a descubierto la explotación en las sociedades precapitalistas, pero este elogio esconde una punta de ironía: al introducir formas más brutales, más abiertas y cínicas de explotación, el modo capitalista de producción favorecía el desarrollo de la conciencia y de la lucha de clases de los oprimidos. El anticapitalismo de Marx no tiene por blanco la negación abstracta de la civilización industrial (burguesa) moderna, sino más bien su *Aufhebung*, es decir simultáneamente su abolición, la conservación de sus logros más importantes, y su superación por un modo de producción superior (el socialismo).

Su enfoque es dialéctico: considera el capitalismo como un sistema que “transforma cada progreso económico en una calamidad pública”.² Es cuando analiza las calamidades sociales resultantes de la civilización capitalista moderna (y cuando se interesa por las comunidades precapitalistas) que él comparte, por lo menos en alguna medida, la tradición romántica.

Tanto Marx como Engels tenían en gran estima ciertos críticos románticos del capitalismo industrial, con quienes tenían una deuda intelectual innegable. Su obra fue significativamente influenciada no solamente por los economistas románticos como Sismondi —frecuentemente confrontado y comparado con Ricardo en los escritos económicos de Marx— o el populista ruso Nikolai Danielson, con quien intercambiaron correspondencia durante veinte años, sino también por escritores como Dickens y Balzac, por filósofos sociales como Carlyle, por historiadores de la antigua comunidad como Maurer, Niebuhr y Morgan— sin mencionar los socialistas ro-

² Marx, *Le Capital*, vol. I, Paris, Garnier-

Flammarion, 1969, p. 350.

mánticos como Fourier, Leroux o Moses Hess.

El interés de Marx y Engels por las comunidades rurales primitivas —desde la *Gens* griega hasta a la vieja *Mark* germánica y la *obschtchina* rusa— resulta de su convicción de que estas formaciones antiguas incorporaban cualidades sociales perdidas por las civilizaciones modernas, cualidades que prefiguran ciertos aspectos de una futura sociedad comunista. En una carta a Engels del 25 de marzo de 1868, Marx explicaba simultáneamente la semejanza y la diferencia entre su concepción de la historia y la del romanticismo tradicional: mientras la reacción romántica a la Ilustración tomaba una forma medieval, la nueva reacción —compartida por los socialistas y por los eruditos como Maurer— consiste en remontar más allá de la Edad Media hacia una era primitiva de cada nación, es decir hacia viejas comunidades igualitarias.³ De hecho, la nostalgia por las formas de vida medievales está lejos de ser la única forma de Romanticismo: las sociedades primitivas y las comunidades rurales tradicionales sirvieron de referencia a las críticas románticas de la civilización, desde Rousseau hasta los populistas rusos; Marx y Engels mantenían lazos con esta tendencia en el seno de la tradición romántica.

La crítica de Marx a la civilización industrial/capitalista no se restringe a la propiedad privada de los medios de producción: es mucho más amplia, radical y profunda. Es el conjunto del modo existente de producción industrial y el conjunto de la sociedad burguesa moderna que él cuestiona —con argumentos y actitudes muchas veces similares a las de los románticos. De hecho, el Romanticismo es una de las fuentes olvidadas de Marx, una fuente que es también tan importante para su trabajo como el neohegelianismo alemán o el materialismo francés.

La crítica de la cuantificación de la vi-

da en la sociedad industrial (burguesa) ocupa un lugar central en los escritos de juventud de Marx, especialmente en los *Manuscritos de 1844*. Según este texto, el poder del dinero es tan grande en el capitalismo que le permite destruir y disolver todas las “cualidades humanas y naturales”, sometiéndolas a su propia medida puramente cuantitativa: “la cantidad de dinero deviene cada vez más su única característica poderosa; en la medida en que ella reduce cada entidad a su propia abstracción, se reduce a sí misma a su propio movimiento como entidad cuantitativa”. El intercambio entre cualidades humanas concretas —amor por amor, confianza por confianza— es sustituido por el intercambio abstracto del dinero por una mercancía. El mismo trabajador es reducido a una condición de mercancía, la mercancía humana (*Menschenware*), tornándose un ser condenado, “física y espiritualmente deshumanizado (*entmenschetes*)”, forzado a vivir en las cavernas modernas peores que las primitivas por estar “envenenadas por el soplo pestilente de la civilización”. Así como un comerciante de piedras preciosas “solamente ve su valor mercantil, y no la belleza o la naturaleza particular de las piedras”, así también los individuos en la sociedad capitalista pierden su sensibilidad material y espiritual y en su lugar ponen el sentido exclusivo de la posesión. En una palabra: el *ser*, la libre expresión de la riqueza de la vida por las actividades sociales y culturales, es crecientemente sacrificado al *haber*, a la acumulación del dinero, mercancías y capital.⁴

Estos temas de los escritos de juventud son menos explícitos en *El Capital*, pero aun así presentes: por ejemplo en el pasaje muy conocido donde Marx compara el *ethos* de la civilización capitalista moderna, que está únicamente interesada en la producción cada vez mayor de mercancías y la acumulación del capital —es decir en la

³ Marx-Engels, *Ausgewählte Briefe*, Berlin, Dietz Verlag, 1953, p. 233. Acerca de la relación Marx y Maurer y Morgan, ver L. Krader, *Ethnologie und Anthropologie bei Marx*, Frankfurt, Verlag Ullstein, 1976.

⁴ Marx, *National-Oekonomie und Philosophie*,

1844, in *Frühschriften*, ed. Landshut, Stuttgart, Kröner Verlag, 1953, pp. 240, 243, 255, 299, 301, 303. Ver también las páginas del *Manifiesto* que describen cómo el capitalismo ahoga todos los valores antiguos “en las aguas heladas del cálculo egoísta”.

“cantidad y el valor de intercambio”— con el espíritu de la antigüedad clásica que se basa “exclusivamente en la cualidad y el valor de uso”.⁵

El principal objeto de *El Capital* es evidentemente la explotación del trabajo, la extracción de la plusvalía por los propietarios capitalistas de los medios de producción. Pero contiene también una crítica radical de la propia naturaleza del trabajo industrial moderno. En su acta de acusación contra el carácter deshumanizador del trabajo industrial/capitalista, *El Capital* es aún más explícito que los *Manuscritos de 1844*, y hay indudablemente un lazo entre esta crítica y las de los románticos.

Obviamente Marx no sueña, como los románticos, en restablecer el artesanado medieval, sin embargo entiende el trabajo industrial moderno como una forma social y culturalmente degradada en relación a las cualidades humanas del trabajo precapitalista: “Los conocimientos, la inteligencia y la voluntad que despliegan el campesino y el artesano independientes” se pierden entre los obreros parcelarios de la industria moderna. Al analizar esta degradación, Marx llama la atención en primer lugar sobre la división del trabajo, que “estropea al trabajador y lo transforma en algo monstruoso activando el desarrollo ficticio de su habilidad para el detalle, sacrificando toda una gama de disposiciones e instintos productores”; en este contexto se refiere al romántico conservador (*tory*) David Urquhart: “Subdividir un hombre, es ejecutarlo, si él mereció una sentencia de muerte; es asesinarlo si él no la merece. La subdivisión del trabajo es un asesinato de un pueblo”. En lo que se refiere a la máquina, en cuanto tal un elemento de progreso, en el actual modo de producción deviene una maldición para el obrero: saca todo el interés al trabajo y “reduce toda la actividad libre del cuerpo y del espíritu”. Gracias a la máquina capitalista, el trabajo “deviene una tortura” porque —y aquí Marx cita el libro de Engels, *La condición de la clase obrera inglesa*— se reduce a “una fastidiosa uniformidad de una labor sin fin... siem-

pre la misma” que “se parece al suplicio de Sísifo; como una piedra, el peso del trabajo recae siempre y sin piedad sobre el trabajador agotado”. El obrero se transforma en apéndice vivo de un mecanismo de muerte, obligado a trabajar con la “regularidad de una pieza de máquina”. En el sistema industrial moderno, toda la organización del proceso de trabajo aplasta la vitalidad, la libertad y la independencia del trabajador. A este cuadro bastante sombrío añade la descripción de las condiciones materiales en las cuales se realiza el trabajo: sin espacio, sin luz o aire, ruido ensordecedor, atmósfera impregnada de polvo, mutilaciones y homicidios por las máquinas, y una infinidad de enfermedades resultantes de la “patología industrial”.⁶ En una palabra, las cualidades naturales y culturales del obrero como ser humano son sacrificadas por el capital con fines puramente cuantitativos de producir más mercancías y obtener más ganancias.

La concepción marxista del socialismo está intimamente ligada a esta crítica radical de la civilización moderna industrial/capitalista. Implica un cambio cualitativo, una nueva cultura social, un nuevo modo de vida, un tipo de civilización diferente que restablecerá el papel de las “cualidades sociales y naturales” de la vida humana, y el papel del valor de uso en el proceso de producción. Ello exige la emancipación del trabajo, no solamente por la “expropiación de los expropiadores” y el control del proceso de producción por los productores asociados, sino también por una transformación completa de la naturaleza del propio trabajo.

¿Cómo alcanzar este objetivo? Marx analiza esta problemática sobre todo en los *Grundrisse* (1857-58). En su opinión, en la comunidad socialista, el progreso técnico y el maquinismo reducirán drásticamente el tiempo de “trabajo necesario” —el trabajo exigido para satisfacer las necesidades fundamentales de la comunidad. La mayor parte del tiempo cotidiano quedará libre para lo que él llama, siguiendo a Fourier, trabajo *atractivo*; es decir un trabajo realmente li-

⁵ Marx, *Le Capital*, p. 269.

⁶ *Ibid.*, pp. 259, 266, 268, 304, 306.

bre, un trabajo que es la autorrealización del individuo. Ese trabajo, esa producción —tanto material como espiritual— no es simplemente un juego (y aquí Marx se aleja de Fourier), sino que puede exigir el más grande de los esfuerzos y seriedad: Marx menciona como ejemplo la composición musical.⁷

Sería totalmente errado inducir de estas notas que Marx era un romántico: él debe mucho más a la Filosofía de la Ilustración y a la Economía Política Clásica que a los críticos románticos de la civilización moderna. Pero éstos le ayudaron a percibir los límites y las contradicciones de aquélla. En un pasaje muy revelador de los *Manuscritos de 1844*, Marx se refiere a la contradicción entre los viejos propietarios terratenientes y los nuevos capitalistas, expresada en la polémica entre los autores románticos (Justus Möser, Sismondi) y los economistas políticos (Ricardo, Mill): “esta oposición es extremadamente agria y cada campo afirma la verdad acerca del otro”.⁸ De igual manera, es un tema recurrente en sus últimos escritos económicos la afirmación de que Sismondi es capaz de ver las limitaciones de Ricardo, y viceversa.

Las ideas del propio Marx no eran románticas, ni utilitaristas, sino una tentativa de *Aufhebung* dialéctica de ambas, en una visión del mundo nueva, crítica y revolucionaria. Ni apologetico de la modernidad burguesa, ni ciego a sus logros, Marx tenía por blanco una forma superior de organización social, que integrara no sólo los avances técnicos de la sociedad moderna sino también algunas de las cualidades humanas de las comunidades precapitalistas —y sobre todo que abriera un campo nuevo e ilimitado al desarrollo y enriquecimiento de la vida humana.

SOCIALISMO Y MODERNIDAD DESPUES DE MARX

Después de la desaparición de Marx, la tendencia dominante en el marxismo fue la

que, retomando una sola dimensión de la herencia marxista, resultó en un culto acrítico del progreso, del industrialismo, del maquinismo, del Fordismo y del Taylorismo. El estalinismo, con su productivismo enajenante y su obsesión por la industria pesada, es una triste caricatura de este tipo de “corriente fría” en el marxismo (para emplear la terminología de Ernst Bloch).

Pero existe también una “corriente caliente”, cuya crítica radical y “globalizante” de la civilización moderna se nutre tanto en Marx como en la tradición romántica anticapitalista. Este tipo de “socialismo romántico” subraya la ruptura y la discontinuidad esencial entre la utopía socialista —como modo de vida y trabajo cualitativamente diferente— y la modernidad industrial presente, sin ocultar al mismo tiempo su nostalgia por ciertas formas sociales y culturales precapitalistas.

Es claro que este socialismo “antimodernista” no está inmunizado contra las tentaciones unilaterales. Su fuerza y su debilidad pueden ser ilustradas por la obra de uno de sus primeros representantes, William Morris. Inicialmente poeta y artista romántico, miembro de la Fraternidad Pre-rafaelita, Morris se adhiere al movimiento socialista durante el último cuarto del siglo XIX. Su crítica cortante y acerada de la sociedad capitalista/industrial debe tanto a la ideología romántica de Ruskin como a Marx. Al referirse a John Ruskin en un artículo intitulado “Cómo me volví socialista” (1894), Morris escribe: “A través de él (Marx) aprendí a dar forma a mi descontento, que —confieso— no era vago en absoluto. Además del deseo de producir cosas bellas, la pasión dominante de mi vida era y es el odio a la civilización moderna”.⁹

La característica principal de esta civilización es, para William Morris, “el trabajo inútil”, es decir la producción para el mercado mundial, lo más barato posible, de una “cantidad ilimitada de tonterías inútiles”. Las mercancías son hechas “para ser vendidas y no para ser utilizadas”: los propietarios de las máquinas son indiferen-

⁷ Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie*, Berlín, Dietz Verlag, 1953, pp. 592-600.

⁸ Marx, *Frühschriften*, p. 248.

⁹ William Morris, *Political Writings*, ed. por A.L. Morton, Londres, Lawrence and Wishart, 1977, 1979, p. 243.

tes a su calidad, en la medida que pueden encontrar compradores para ellas.¹⁰ El "comercialismo" acabó con el arte popular, que existía y florecía en todas las formas de producción anteriores a la expansión del sistema de la manufactura capitalista; destruyó todo el placer, toda la variedad y toda la imaginación en el trabajo. Morris está íntimamente convencido que no hay "ninguna necesidad para todo esto, excepto la necesidad de moler (*grinding*) los beneficios de las empresas con la vida de seres humanos".¹¹

No obstante, Morris no se opone al maquinismo como tal. En su utopía socialista *Noticias de ninguna parte* (1890) describe un sistema de producción donde "todo el trabajo manual desagradable se realizaría con las máquinas muy perfeccionadas; y para todo trabajo manual agradable ninguna máquina sería utilizada". Al igual que Marx, Morris cuenta con el progreso técnico para emancipar al obrero del trabajo aburrido y liberar el tiempo para el trabajo agradable y creativo. Y se inspira en Fourier para anunciar la esperanza de que el trabajo se volverá, en una comunidad socialista, "un placer sensual consciente" semejante a la actividad del artista.¹²

Como su amigo John Ruskin, Morris consideraba el arte no como un lujo sino como una dimensión esencial de la vida humana. El arte era todo lo hecho por personas libres que sentían placer en su trabajo. En su utopía romántico-socialista la mayoría de bienes útiles son productos manuales y implican una cualidad artística, como el artesanado clásico; no poseen otra retribución que la creación misma, y no son vendidos ni comprados (el dinero no existiría) sino son gratuitamente cedidos a aquellos que los deseen o tienen necesidad de ellos.

Marx se refirió muchas veces a los románticos —hasta a los que apreciaba como Sismondi— como a "reaccionarios". Hu-

bo sin duda momentos regresivos o conservadores en la mayoría de los románticos. Hasta en un socialista romántico como William Morris quien participó activamente en el movimiento obrero inglés creando la Liga Socialista, se puede encontrar un aspecto patriarcal y regresivo, que se manifiesta en su actitud negativa hacia lo que él llama con ironía "este problema de la emancipación de la mujer en el siglo XIX", como también en su visión fundamentalmente conservadora de la división sexual del trabajo: el cuidado de los niños y los trabajos domésticos están presentes en su utopía como actividades exclusivamente femeninas.¹³

Elegimos William Morris como ejemplo, pero sería un grave error concluir que el marxismo romántico de la civilización moderna es un fenómeno del siglo XIX. En Inglaterra, por ejemplo, Morris pareció olvidado durante decenios, pero en el decurso de los últimos treinta años, autores marxistas cercanos a la tradición romántica como Raymond Williams y E.P. Thompson (autor de un libro excepcional sobre William Morris) poseen un vasto público más allá de los límites del campus universitario: E.P. Thompson es uno de los principales dirigentes e ideólogos del amplio movimiento pacifista y antinuclear de Inglaterra.

El centro principal de elaboración de este tipo de marxismo durante el siglo XX fue Alemania. Cada uno a su modo, Rosa Luxemburgo, G. Lukacs, Ernst Bloch y la Escuela de Francfort (especialmente W. Benjamin y Marcuse) integraron en sus interpretaciones del marxismo elementos de la tradición romántica. A través de Herbert Marcuse, esta crítica marxista semi-romántica de la civilización moderna tuvo un profundo impacto en la Alemania contemporánea y en los Estados Unidos, influenciando no solamente la Nueva Iz-

¹⁰ William Morris, *News from Nowhere* (1890), Londres, Lawrence and Wishart, 1977, p. 276-279.

¹¹ William Morris, "Useful Work Versus Useless Toil" (1884), in *Political Writings*, p. 102-103.

¹² William Morris, *News from Nowhere*, pp. 274-275, 280.

¹³ La ideología patriarcal no está necesariamente

relacionada con la visión del mundo romántico. También se puede encontrar entre los racionalistas y los positivistas (como en el caso del propio Augusto Comte). Además existen escritores sensibles al combate por la emancipación de las mujeres entre los socialistas románticos desde Fourier hasta Marcuse.

quiera y el movimiento estudiantil de los años 60, sino también (de una manera más difusa e indirecta) los movimientos sociales más recientes como el ecológico, el feminista y el pacifista. Por consiguiente, lejos de ser una ideología anacrónica del siglo pasado, la "corriente cálida" del marxismo alcanzó su marea alta precisamente en nuestra época especialmente en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos —es decir en los países donde la civilización capitalista moderna alcanzó su desarrollo más puro, sistemático y despiadado.

Una de las razones que explica este renovado interés es, sin duda, la naturaleza poco atractiva del despotismo industrial burocrático (no-capitalista) de Europa del Este (y de Asia), que pudo difícilmente aparecer como una alternativa a las desgracias de la sociedad burguesa moderna —y tanto más cuanto que sus dirigentes trataron de imitar la tecnocracia y el productivismo occidentales. La crisis actual de estas sociedades demuestra claramente lo que los marxistas opositores constataban ya en los años 30 (a propósito de la URSS estalinista): este tipo de sistema postcapitalista autoritario, fundado sobre la economía del orden, la industrialización exagerada, y la dictadura del aparato burocrático, se encuentra aún muy lejos del socialismo —es decir de un nuevo modo de producción y de vida, donde los productores asociados son los maestros del proceso de producción, una sociedad basada en la más amplia democracia y en la autogestión económica y política.

Contrariamente a lo que afirman en una bella voz unísona, la prensa liberal, los economistas burgueses, los gobiernos occidentales, y una parte de la antigua nomenclatura, la modernidad capitalista —es decir la economía de mercado y el sistema de beneficios empresariales— no es la única alternativa posible a las catástrofes del despotismo industrial y de la planificación burocrática (el pretendido "socialismo real"). *Tertium datur*, existe una otra vía: la de la democracia socialista —es decir la autogestión generalizada (de la base hasta la cúpula), la planificación democrática por la propia sociedad, determinando libremente, después de un debate pluralista y abierto,

las principales opciones económicas, las prioridades de inversión, las grandes líneas de la política económica. Es la única vía que permite tener en cuenta las necesidades sociales reales (en términos de valor de uso) y la preservación del equilibrio ecológico. Es la solución que los numerosos movimientos alternativos reclaman, ecosocialistas y otros, nacidos en Europa del Este en los últimos meses, que rechazan tanto el totalitarismo burocrático de los regímenes caídos como el capitalismo occidental.

También, contrariamente a lo que afirman numerosos economistas y dirigentes (tanto de la nomenclatura como de la oposición liberal) en los países del Este, no hay un lazo directo y lógico entre modernización económica mercantil y democracia política, entre liberalismo económico y libertad política. La China de Deng Xiao Ping —el hombre de las "cuatro modernizaciones" pragmáticas y de la apertura al capital occidental —ha dado un desmentido extraordinario a esta doctrina. El ejemplo chino también muestra que si las reformas mercantiles pueden solucionar transitoriamente ciertos problemas creados por la planificación burocrática, ellas crean problemas nuevos, tan graves como los anteriores: desempleo, éxodo rural, corrupción, alza de precios, desigualdades sociales crecientes, regresión de los servicios sociales, criminalidad creciente, sumisión de la economía a los capitales imperialistas y a las imposiciones de los bancos internacionales. Son fenómenos que empiezan ya a aparecer también en ciertos países de Europa del Este, y que amenazan producir una "latinoamericanización" de sus economías y sociedades. América Latina es además un buen ejemplo del hecho de que la modernización capitalista es perfectamente compatible con las formas de estado más autoritarias y dictatoriales...

Hoy más que nunca, el marxismo debe ser "la crítica despiadada de lo que existe". Pero no hay respuesta completa para los problemas de la transición al socialismo: ¿Cómo ir más allá de la modernidad industrial y conservar sus logros?; ¿cómo combinar la democracia representativa y la democracia directa, la planificación democrática con las supervivencias inevitables

del mercado?; ¿cómo conciliar el crecimiento económico con los imperativos ecológicos de la preservación de la naturaleza?

Nadie puede pretender poseer el monopolio de la verdad: Estas cuestiones y muchas otras exigen un debate pluralista y abierto.*

(*) Este artículo fue inicialmente presentado en una reunión sobre "Modernidad y Post-Modernidad en los Andes" organizada (con cierta ironía) por Hen-

rique Urbano, del Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, Cusco, Perú, febrero 1990.

UNA NOTA SOBRE LAS "CONDICIONES DE PRODUCCION" URBANAS

Mario Pianta

Se puede encontrar un punto de partida del marxismo ecológico en la contradicción entre las relaciones y las fuerzas de producción capitalistas por un lado, y las condiciones de producción capitalistas por el otro lado.¹ En los últimos años, en los estudios urbanos y regionales, se ha empleado frecuentemente el concepto de condiciones de producción para relacionar la aparición de estructuras sociales y espaciales con el proceso de producción. Se ha visto el suministro de "condiciones generales de producción" suficientes como una función específica del Estado.² El concepto de "condiciones de producción" ha servido para explicar diversas actividades y políticas estatales, desde la organización de la infraestructura y los servicios hasta la planificación, clave durante la posguerra para el crecimiento, la crisis y la reestructuración de la producción capitalista en Europa y los Estados Unidos. En los estudios urbanos, las condiciones de producción son las del *ambiente urbano*, y se estudian las contradicciones y la política pública en este nivel. El análisis ecomarxista extiende el concepto al *ambiente natural* y a las contradicciones sociales y políticas que pertenecen a la relación del capital con

la naturaleza. A pesar de las diferencias evidentes entre los espacios construidos por los seres humanos y los ecosistemas naturales, se puede encontrar ciertos parecidos en la manera en que la producción capitalista solicita y emplea tales condiciones y en los constantes conflictos acerca de quién debería controlarlas, cómo se debe controlarlas y para qué fin.

El concepto marxista original de las "condiciones generales" subrayó su relación con el proceso productivo: "la revolución en el modo de producción industrial y agrícola hizo necesaria una revolución en las condiciones generales del proceso social productivo, es decir, en los medios de comunicación y transporte".³ El Estado proporcionó mucha de esta infraestructura. No obstante, lo importante de las condiciones generales es su relación con la producción capitalista. La intervención del Estado modifica la forma en que se proporcionan estas condiciones generales, que son actividades que no dan ganancias llevadas a cabo fuera de los circuitos del capital.

La infraestructura pública es el primer y principal ejemplo de las "condiciones generales". Folin, estudiando su función en el proceso productivo, criticó las categorías

¹ James O'Connor en este número de *Ecología Política*. En un trabajo anterior O'Connor empleó la terminología "el capital social" y "gastos sociales" (*The Fiscal Crisis of the State*, New York: St. Martin's Press, 1973).

² M. Folin, "The Production of the General

Conditions of Social Reproduction and the Role of the State", en Harlos y Lebas, eds., *City, Class, and Capital* (Londres, Arnold, 1981), pág. 51.

³ Karl Marx, *Capital, I* (Hammondsworth: Penguin, 1976), pág. 505.

tradicionales de "obras públicas" y "capital social fijo". Señaló que esas categorías "no pueden explicar suficientemente el impacto que la transformación del espacio ha tenido sobre el desarrollo económico".⁴

En contraste, al usar el concepto de "condiciones generales" es posible analizar el papel que tiene la provisión de la infraestructura, tanto en relación con las funciones económicas generales del Estado como con el proceso de producción capitalista. Hirsch, quien analizó la dinámica de las condiciones generales, ha subrayado esta conexión: "el cambio en las peculiaridades materiales de la producción que resultaron de las transformaciones tecnológicas del proceso laboral, lleva históricamente a [...] que las condiciones generales de producción tiendan a expansionarse."⁵ El resultado de este proceso ha sido la importancia creciente —al crecer la socialización de producción— de las condiciones materiales generales del proceso productivo y reproductivo que se han de producir o reestablecer *socialmente*,⁶ sobre todo la infraestructura por parte del Estado.

El concepto de "condiciones generales" se ha extendido de diversos modos para incluir las nuevas actividades en el capitalismo moderno. Hirsch distinguió "entre las condiciones de producción materiales generales en su sentido más limitado, por ejemplo, carreteras y canales, y las condiciones de producción generales que para el capital están incorporadas en la fuerza laboral (por ejemplo, la sanidad), la enseñanza y también la investigación en su sentido más amplio."⁷

De manera semejante, Mandel distinguió entre "las precondiciones generales-técnicas del actual proceso productivo (medios de transporte y comunicación, correos, etc., las precondiciones generales-sociales de este mismo proceso de producción, [...] y la reproducción continua de esas formas del trabajo intelectual

que son imprescindibles para la producción económica."⁸

Lojkin ha extendido el concepto de "condiciones generales" a esos factores tan importantes para la reproducción global de formaciones capitalistas desarrolladas. Son los medios de consumo colectivo, que reúnen los medios de circulación material (es decir los medios de comunicación y transporte), y la concentración espacial de los medios de producción y reproducción de formaciones sociales capitalistas.⁹ Desde esta perspectiva, las condiciones generales consisten en, primero, las condiciones de producción, como en el caso de la infraestructura material implicada directamente en el proceso productivo (por ejemplo, las carreteras y los ferrocarriles, etc.). Su suministro por el Estado reduce la inversión privada necesaria (y la composición orgánica del capital), y de este modo permite aumentar la tasa de beneficio. Segundo, las condiciones generales son condiciones para la reproducción de la fuerza laboral, lo que tiene consecuencias indirectas sobre el proceso productivo. Aquí la intervención estatal es el resultado de la creciente socialización de las actividades de reproducción, por ejemplo más años de enseñanza y formación, mejores servicios sanitarios, etc. Tercero, el suministro de las condiciones generales caracteriza en gran parte a la ciudad, que está formada cada vez más por la intervención estatal al proporcionar la infraestructura material y las actividades para la reproducción de la fuerza laboral. La forma específica de la aglomeración de la ciudad en las sociedades capitalistas es en sí misma un elemento importante de las condiciones de producción para actividades de "mando" y terciarias. Como observó Lojkin, la ciudad capitalista se caracteriza por una concentración creciente de los medios de consumo colectivos y por una "manera específica de aglomeración del conjunto de los medios de produc-

⁴M. Folin, "Public Enterprise, Public Works, Social Fixed Capital", *International Journal of Urban and Regional Research*, 3, 3, 1979, pág. 136.

⁵J. Hirsch, "The State Apparatus and Social Reproduction", en Holloway y Piccioto, eds., *State and Capital* (Londres, Arnold, 1978), pág. 92.

⁶Op. cit., pág. 93.

⁷Op. cit., pág. 190.

⁸E. Mandel, 1978, pág. 476.

⁹J. Lojkin, *Le Marxisme, l'Etat et la question urbaine* (Paris: Presses Universitaires de France, p.126).

ción (del capital y de la fuerza laboral) que en sí mismo se convertirá en cada vez más determinante para el desarrollo económico.¹⁰ Folin explicó que el concepto de "condiciones generales" se refiere a la "actividad infraestructural y al conjunto de fenómenos de la ciudad con la intención de aclarar la función específica del entorno ya urbanizado y edificado dentro del proceso productivo y reproductivo del capital social."¹¹ Lojkine ha desarrollado más esta perspectiva. Comenzando con la hipótesis de que "las formas de urbanización son, más que nada, las formas de la división social (y territorial) del trabajo,"¹² subrayó que la ciudad no es de ninguna manera un fenómeno autónomo, con leyes de desarrollo distintas de las leyes de la acumulación capitalista; no es posible dissociar la ciudad de la tendencia del capital a aumentar la productividad de la fuerza laboral socializando las condiciones generales de producción, de las cuales la urbanización es un componente imprescindible.¹³

Las condiciones de producción en el capitalismo no siempre se proporcionan fácilmente ni siempre ayudan a la acumulación; más bien la forma específica que toman es el resultado de las relaciones y conflictos sociales concretos. Hirsch sostuvo que proporcionar las condiciones generales de producción es una función básica del Estado, subrayó además que de eso no cabe inferir cuál será concretamente la infraestructura proporcionada por el Estado, ni tampoco si el aparato del Estado la proporcionará. De eso Hirsch concluyó que «intentar definir la infraestructura enumerativa y concluyentemente no tiene sentido ya que las condiciones generales que el Estado proporciona dependen del desarrollo histórico específico de los procesos económicos y sociales y del equilibrio de las fuerzas de clase».¹⁴

De este modo existe la posibilidad para que se desarrollen contradicciones entre Estado y capital, entre las esferas económica y política, y entre las políticas estatales y las

necesidades específicas del desarrollo económico. Como explicó Hirsch, «ya que estas condiciones sociales generales de producción, no se adaptan automáticamente a la acumulación de capital, la crisis estalla cuando el proceso de acumulación llega a esa barrera. De hecho, en la crisis se redefinen estos límites y se reorganizan las condiciones de producción generales.»¹⁵ De este modo, el desarrollo de la política estatal es el resultado combinado del proceso de acumulación capitalista junto con la conjuntura específica de las fuerzas sociales y políticas. Por tanto el desarrollo de las «condiciones de producción generales» se relaciona con el desarrollo de las relaciones sociales y sus contradicciones.

Parece evidente que muchas de las cuestiones planteadas por los estudios sobre el entorno urbanizado y edificado como condición de producción, son igualmente importantes para la extensión del concepto de condiciones de producción a la naturaleza.¹⁶ En concreto, los conflictos sobre la definición, el desarrollo y el control de las condiciones de producción, son comunes a los espacios naturales y a los construidos por el ser humano, y el Estado tiene una función de regulación clave en ambos casos. Los instrumentos políticos empleados en la regulación estatal son semejantes, si no exactamente idénticos: planificación, el establecimiento de normas (para la sanidad pública y las emisiones tóxicas), la inversión estatal (la eliminación de aguas residuales y residuos tóxicos). En realidad, al observar los problemas desde el punto de vista de la política territorial, la atención y la intervención actual en la naturaleza es más o menos una extensión directa y una actualización de las formas anteriores de proporcionar las «condiciones de producción» por el Estado en el ambiente urbano, con los mismo objetivos (por ejemplo, una fuerza laboral sana y productiva), y con la misma necesidad por parte de la gente de luchar para obtener y hacer cumplir mejores condiciones.

¹⁰ Op. cit., pág. 126.

¹¹ Folin, 1979, op. cit., pág. 345.

¹² Lojkine, op. cit., pág. 124.

¹³ Op. cit., pág. 141.

¹⁴ Hirsch, op. cit., pág. 91.

¹⁵ Op. cit., pág. 92.

¹⁶ Op. cit., pág. 74.

Lo que a menudo es radicalmente distinto es la escala de la cuestión. Mientras la mayoría de las condiciones de producción que suministra el entorno urbanizado y edificado son locales, muchas de las condiciones de la naturaleza son globales (el ozono, el calentamiento de la atmósfera, etc.) o internacionales (la lluvia ácida, la contaminación del Rhin, etc.), planteando nuevos problemas ya que no hay ningún «Estado» que pueda actuar como regulador de tales formas de degradación ambiental.¹⁷

Ambos tipos de condiciones de producción, las construidas por el ser humano y las naturales, también son semejantes en relación con la intención de la derecha de limitar la función del Estado y desarrollar formas (o pseudo-formas) de regulación a través del mercado. Después de la privatización de los servicios públicos en Gran

Bretaña y en los Estados Unidos, la construcción privada de carreteras de peaje, del túnel anglofrancés y varios proyectos semejantes en los Estados Unidos,¹⁸ existe ahora un debate cada vez más intenso sobre la «ecología de mercado», con propuestas de los gobiernos de los Estados Unidos y Gran Bretaña para dejar la protección ambiental a los mecanismos del mercado, desde la compra y venta de los derechos de contaminación hasta la fijación de precios para bienes y servicios ambientales.¹⁹ No cabe duda que la naturaleza se ha incorporado a las condiciones actuales de la producción capitalista global, y que las luchas sobre la calidad y la conservación del ambiente ya son tan críticas desde el punto de vista político como las luchas urbanas sobre las condiciones de producción locales durante los años setenta.

¹⁷ O'Connor, en *Capitalism, Nature, Socialism*, 1, 1988, p. 23 y sig.

¹⁸ M. Pianta y M. Renner, "The State System and the Consequences for Environmental Degrada-

tion", *IPRA Newsletter*, 27, 1, 1989.

¹⁹ "Fifteen Miles -That'll be \$1.50", *Business Week*, 21 de Agosto, 1989, pág. 30; "Growth Can be Green", *The Economist*, 26 de Agosto, 1989, pág. 12.